

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.— Dos ídem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

BAYARDO.

De todos los héroes cuya vida ha sido escri-

ta, Bayardo es tal vez el único de todos los de la edad media, cuya vida existe sin mancha, y á quien se puede elogiar sin restriccion alguna. Este corto compendio de su vida es un excelente ejemplo para imitar los que encuentran en la relacion de sus magnánimas virtudes con que cultivar y fortalecer al mismo tiempo las cualidades que la naturaleza haya puesto en ellos.

Pedro Bayardo, señor de Terrail, apellidado el caballero sin miedo y sin tacha, era sencillito, modesto, amigo sincero, piadoso, humano y magnánimo. Su alma reunia todas las virtudes, y fué tal la perfeccion de este ilustro caballero,

que sin el unánime testimonio de los historiadores contemporáneos, la posteridad tal vez hubiera visto en él un modelo quimérico é inimitable.

Nació en 1476, de Aymundo de Terrail y de Elena de los Alemanes, en el castiño de Bayardo, en el valle de Graisivaudan, á seis leguas de Grenoble. La casa de Terrail, una de las más antiguas del Delfinado, se hallaba calificada de noble, de antigua caballería y de superior nobleza. El jóven Bayardo, educado á la vista de su tío, José de Terrail, obispo de Grenoble, aprendió en la buena escuela de aquel digno prelado, el germen de las virtudes que debían ilustrarle algun dia.

—Hijo mio, le decía aquel buen obispo, sé noble como tus antepasados, como tu tatarabuelo, que fué muerto á los pies del rey Juan en la batalla de Poitiers; como tu bisabuelo y tu abuelo, que tuvieron la misma suerte, el uno en la batalla de Azincourt, el otro en la de Mont-Meri, y en fin, cual tu padre que fué cubierto de honrosas heridas defendiendo la patria.

Apenas habia llegado Bayardo á la edad de trece años, cuando consagrado á la carrera de las armas, el obispo de Grenoble lo presentó al duque de Saboya, aliado de la Francia, que lo admitió en el número de sus pages. Hacía parte de su comitiva cuando aquel príncipe vino á ver á Carlos VIII en Lyon. Los torneos fueron para el jóven Bayardo los primeros campos de honor y de gloria. Desde entonces descubriase en sus victorias lo que sería un dia. Llamado á mas serios combates siguió á Carlos VIII á Italia: hizo á los diez y ocho años en la batalla de Fornua prodigios de valor; tuvo dos caballos muertos, y cogió una bandera que presentó al rey. Al principio del reinado de Luis XII, persiguió con tal encarnizamiento á los fugitivos hasta las puertas mismas del Milan, que entró con ellos en la ciudad, y fué hecho allí prisionero. Luis Sforzia tuvo la generosidad de enviarle sin rescate, despues de haberle hecho devolver sus armas y caballo. Durante la estancia de los franceses en la Pulla, Bayardo deshizo una partida española, é hizo prisionero al capitán don Alonso de Sotomayor, al que trató generosamente; pero no contento con haber huido este faltando á su palabra, Sotomayor calumbió á Bayardo, que segun las costumbres de aquel tiempo, le retó á combate singular: mató á su adversario, y muchos autores hacen mención de su victoria como de un prodigio de fuerza y de destreza.

Despues, á ejemplo de Horacio Cocles, defendió él solo contra los españoles un puente sobre el Gargliano, y salvó al ejército francés retardando la marcha del enemigo victorioso. «Como un tigre escapado, dice Teodoro Godefroy, se agarró en la barrera del puente, y á tajos y á mandobles se defendió tan bien, que no sabian qué hacer, y no creian que fuese un hombre solo, sino un diablo.»



Esta bella acción le mereció por divisa un puercito espín con estas palabras, hechas para él solo:

Vires aquinis unus habet.

Bayardo siguió después á Luis XII cuando marchó este príncipe contra los genoveses rebelados. Fué encargado del ataque de un fuerte cuya toma decidió la sumisión de la ciudad de Génova. La liga de Cambray contra la república de Venecia, habiendo vuelto á encender la guerra en Italia, el ejército francés encontró á los venecianos cerca de Agnadel en 1509. Bayardo se hallaba en la retaguardia, y marchando al través de las lagunas para tomar el flanco al enemigo, lo destruyó, y determinó la victoria. Habíendose distinguido también delante de Pavia, el emperador le dijo en presencia de todo el ejército:

—El rey, mi hermano, es muy afortunado en tener un caballero tal como vos. Yo quisiera tener una docena de iguales vuestros, aunque me costasen cien mil florines por año.

Bayardo vino en seguida al socorro del duque de Ferrara, que había sido su enemigo encarnizado. La casualidad le hizo salir mal en esto; pero no menos grande que Fabricio, Bayardo salvó la vida á Julio II, á quien un traidor ofrecía envenenar. El alma noble del héroe francés se horrorizó de la traición, y mostrando la mas viva indignación al duque de Ferrara, que opinaba por el envenenamiento, le amenazó con advertir de ello al papa.

Herido gravemente Bayardo en el asalto de Brescia, es llevado á la casa de un caballero que acababa de huir, dejando á su mujer y sus dos hijas espuestas á la brutalidad de los soldados. Desolada la madre, recibe al guerrero moribundo, rogándole que salve la vida y el honor de sus hijas. Bayardo la tranquiliza: pone su casa al abrigo de todo insulto, y mientras que arroyos de sangre inundan la ciudad, y los soldados feroces se entregan á todos los excesos del crimen, el asilo de Bayardo es la morada de la paz y la salvaguardia de la inocencia. Curado de su herida, y próximo á reunirse con el ejército, rehusa dos mil quinientos ducados que aquella familia reconocida le ofrece por rescato, divide aquella suma entre las dos bellezas, cuya virtud ha protegido, y se arranca con el corazón enternecido de los brazos de aquella interesante familia, que le colma de bendiciones.

General fué la alegría al llegar Bayardo al campo de Gaston de Foix, delante de Ravena. Opina por la batalla: coge dos banderas á los españoles y persigue á los fugitivos. Gaston, la esperanza de la Francia, pereció por no haber seguido los consejos de Bayardo. Herido de nuevo en la batalla de Pavia, á donde había quedado el último para hacer romper el puente, fué trasladado hasta Grenoble á la casa de sus padres, veinte y dos años después de haber salido de ella. Allí estuvo su vida en peligro.

—Mi sentimiento, decía, no es morir, sino el morir en la cama como una mujer.

Bien pronto se restableció.

Disfrutaba Bayardo de los homenajes de sus conciudadanos, cuando la guerra, vuelta á encender por la agresión de Fernando el Católico en Navarra, le llamó mas allá de los Pirineos. Allí desplegó los mismos talentos y el mismo heroísmo que le habían hecho tan célebre allende los Alpes. El ejército francés vino á las manos con el de España, y tomó vergonzosamente la fuga, sin que fuese posible á los gefes el contenerlo. Desesperado Bayardo se detiene sobre un puente, y hace cara al enemigo con su ordinaria intrepidez. Pero cediendo al número su tropa va á rendir las armas. Bayardo, viendo á un oficial inglés al pie de un árbol, vuela hacia él á caballo, y poniéndole la espada en la garganta, ríndete, le dijo, ó te mato.

El oficial entrega su espada. Bayardo le da inmediatamente la suya, diciéndole:

—Estais delante del capitán Bayardo, que es también vuestro prisionero.

Esta acción ingeniosa y atrevida fué contada al emperador y al rey de Inglaterra, que decidieron que Bayardo no debía pagar rescate, y que los dos prisioneros se habían pagado mutuamente con su palabra. Los dos monarcas aco-

giéron á Bayardo con todas las consideraciones debidas á semejante prisionero, y lo despidieron lleno de elogios.

—Grec, le dijo Enrique VIII, que si todos los caballeros franceses fuesen como vos, el sitio que he puesto delante de Tersana bien pronto quedaría levantado.

Llegado al trono Francisco I llamó á Bayardo al Delfinado en calidad de lugarteniente general para abrir á su ejército el camino de los Alpes y del Piemonte. Próspero Colonna le aguardaba allí, y esperaba sorprenderlo en aquel paso; pero Bayardo se apoderó de este general, y lo hizo prisionero en la villa de Carmagnola. Esta brillante expedición no fué mas que un juego para Bayardo, que le auguraba así la famosa jornada de Marignano. Allí hizo prodigios de valor al lado de Francisco I, y decidió la victoria. Entonces se vió un espectáculo digno de fijar las miradas de todas las edades. Un príncipe vencedor y una nación noble que, recordando los usos de la antigua caballería, quiso ser armada caballero por la mano del mas valiente, y que eligió á Bayardo para adornar su diadema con esta prenda del valor.

La espada con que Bayardo había armado caballero á su rey, bien pronto fué gloriosa y terrible en sus manos. Apenas Francisco I había vencido en el exterior, cuando tuvo que acudir á defender sus propias fronteras. La Champagne se vió amenazada por las fuerzas de Carlos V, reunidas delante de Mezieres, débil barrera contra tantos enemigos. Se propuso al rey incendiar á Mezieres y devastar toda la provincia. Aquel consejo inspirado por la desesperación y el miedo, hizo estremecer á Bayardo, y dijo al rey que no hay plazas débiles cuando hay gentes de corazón para defenderlas. Se arrojó á la ciudad, resuelto á salvarla ó á perecer. Los enemigos osaron intimarle la rendición.

—Antes de salir de Mezieres, respondió Bayardo, esperó hacer en los fosos un puente de cadáveres, sobre los que pueda pasar con mi guarnición.

Resistió, y Carlos V no pudo penetrar en el corazón del reino.

Bayardo volvió á París, y fué allí recibido como un libertador. El parlamento le envió una solemne diputación: el rey le nombró caballero de la orden de San Miguel, y le dió una compañía de cien hombres para mandar en su nombre, honor reservado hasta entonces á los príncipes.

Seria difícil enumerar todos los honores y distinciones que se acumularon sobre la cabeza de este grande hombre. Francisco I envió á Bayardo á Génova, sublevada de nuevo contra la Francia, y su presencia bastó para reprimir á los genoveses. De vuelta al ejército sometió la villa de Lodi; pero pronto la fortuna cambió, y aquellos mismos ejércitos, triunfantes hasta entonces, fueron arrojados de sus conquistas. El almirante Bonivet, que por medidas mal tomadas había hecho batir á Bayardo en Rebec, cerca de Milan, le entregó en seguida la suerte del ejército para perderle, habiendo él mismo sido herido en la retirada.

—Es muy tarde, respondió Bayardo, todavía sensible á la dégrada de Rebec, pero no importa: mi alma es de Dios, y mi vida del Estado: yo prometo salvar al Estado á espensas de mi vida.

Tratábase de pasar á la vista de un ejército superior en número el rio de la Sesia, entre Romagnano y Gatinara. Bayardo, siempre el último para sostener la retirada, cargaba vigorosamente á los españoles; cuando hacia las diez de la mañana del 30 de abril de 1524, una piedra lanzada de un arcabuz vino á darle en el costado derecho, y le rompió la espina dorsal.

—¡Jesús! Dios mío! muerto soy, exclamó Bayardo.

Acudieron á él para sacarle de la rofriegu.

—No, dijo próximo á morir, me guardaré muy bien de volver la espalda al enemigo por la primera vez. Viéndose aproximar á los españoles, reunió su voz moribunda para mandar una carga, y se hizo colgar al pie de un árbol.

—Ponedme, dijo, de modo que mire al enemigo.

Sus últimos momentos llevan el carácter de esa sencillez heroica y cristiana que distingue

eminentemente á este grande hombre. A falta de cruz besó la cruz de su espada. No teniendo sacerdotes se confesó con su escudero; consoló á sus criados y sus amigos, y temiendo no cayese en poder de los españoles, suplicó le evitasen ese acerbo dolor. Dirigiéndose al bravo Alegre, depositó en su seno su tierna despedida para su rey y para su patria. Después los enemigos del campo de batalla, vinieron después á su lado á verter lágrimas de admiración y de pesar. El marqués de Pescara olvidó su victoria por acudir á su auxilio. Teñido con la sangre francesa, el condestable de Borbon se enterneció á la vista de aquel héroe espirante.

—No es á mí á quien es preciso llorar, dijo Bayardo, sino á tí, que vuelves las armas contra tu rey y contra tu patria.

Pocos minutos después de haber proferido estas hermosas palabras, espiró á la edad de cuarenta y ocho años. Su cuerpo quedó en poder de los enemigos, que lo hicieron embalsamar y le tributaron los mayores honores. Trasladáronle en seguida á Grenoble, atravesando los estados del duque de Saboya, que le hizo tributar los mismos honores fúnebres que á los príncipes de la sangre. General fué la consternación en Francia: jamás luto alguno fué mas sincero: la muerte de Bayardo era una calamidad pública. Francisco I mostró el mayor pesar. Sintió todavía mas vivamente esta pérdida después de la batalla de Pavia. ¡Ah! caballero Bayardo, dijo viéndose en poder de sus enemigos, qué falta me hacéis: no estaria yo aquí.

Los restos de este grande hombre fueron enterrados á media legua de Grenoble, en una iglesia de padres mínimos edificada por uno de sus tíos, obispo de aquella ciudad.

Bayardo murió pobre, y no dejó mas que una hija natural, de quien tuvo cuidado su familia. La generosidad y el desinterés fueron sus dos virtudes dominantes. Después de sus victorias distribuía todo el botín á sus soldados, y dividiendo entre sí el rescate de los prisioneros que había hecho con sus manos.

Bayardo es uno de los modelos heroicos mas perfectos y acabados que puedan darse.

EL INGRATO.

Vitalis, noble veneciano, yendo de caza, cayó en una fosa hecha para coger animales salvajes. Pasó en ella un día y una noche. La fosa estaba oscura: Vitalis quería reconocerla, por ver si encontraba alguna raiz á la que pudiera agarrarse y salir de su prisión; pero oyó ruidos tan confusos y extraordinarios, gruñidos tan sordos, silbidos tan ahogados, tan lastimeros chillidos, que le sobrecogió el terror, y oprimiéndose contra la pared en un rincón de la fosa, permaneció inmóvil y como anonadado por el ruido. A la mañana del segundo día, oyó pasos de alguna que pasaba cerca de la fosa, entonces, elevando la voz con un tono lastimero:

—¡Socorro! ¡socorro! ¡socorro! ¡sacádme de aquí!

Efectivamente, un aldeano atravesaba el bosque. Al oír aquella voz que salía de la fosa, se sobrecogió al principio; luego, tranquilizándose, se aproximó y preguntó quien estaba allí.

—Un pobre cazador que he caído por un descuido, y que he pasado aquí un día larguísimo, y una noche mas larga todavía. ¡Sacádme de aquí, por nuestro Señor Jesucristo! ¡Sacádme de aquí, yo os recompensaré espléndidamente.

—Voy á hacer todo lo que pueda, dijo el aldeano.

Entonces Mazaecio (este era el nombre del aldeano), cogió una podadera que llevaba en su cinturón, y cortando una larga rama de árbol, bastante fuerte para sostener á un hombre:

—Señor cazador, dijo, escuchad con atención lo que os voy á decir: voy á introducir una rama en la fosa, la apoyare en los bordes y la sostendré; de esta manera podreis subir.

—Bien, respondió Vitalis, pídemle lo que quieras y te lo concederé.

—Pues bien, escuchad, como voy á casarme, dais á mi novia lo que tengais á bien.

Dichas estas palabras, Mazaecio introdujo la

73 1111 7004

rama en la fosa; al punto sintió que pesaba, y en el mismo momento saltó un mono alegremente fuera de la fosa. Había caído en ella del mismo modo que Vitalis, y con suma presteza se había amparado á la rama de Masaccio.

—¿Es el diablo el que me ha hablado desde la fosa? dijo Masaccio oyendo de allí.

—¿Que? ¿me abandonas? exclamó Vitalis con lastimero acento; amigo mio, mi querido amigo, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, en nombre de tu novia, sácame de aquí. ¡Yo te lo suplico! ¡Te dotaré, te enriqueceré!

Masaccio se compadeció, y volviendo hacia la fosa, echó de nuevo la rama; sacó un león, que dió un rugido terrible saltando fuera de la fosa, y que espresaba con caricias su alegría y el reconocimiento á su libertador.

—¡Oh! esta vez decididamente es el diablo, exclamó Masaccio, y huyó desfavorido.

Sin embargo, á los pocos pasos se detuvo, oyendo los desgarradores gritos de Vitalis.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Morir de hambre en una fosa! ¿No habrá nadie que me socorra? ¿Quién quiera que tú seas, te lo suplico, vuelve, no me dejes morir aquí, pudiendo salvarme; te daré una casa, un campo, vacas, oro, todo lo que desees; pero te lo suplico, sálvame. ¡Sálvame de esta horrible caverna!

Masaccio volvió y echó la rama; sacó una serpiente que silbó con alegría al salir de la fosa. Masaccio cayó de rodillas, medio muerto de miedo, murmurando las oraciones que le habían enseñado para conjurar al demonio. No volvió en sí hasta que oyó los gritos de desesperación que arrojaba Vitalis.

—¡Nadie! ¡Nadie! ¡Moriré, pues? ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Lloraba y sollozaba.

—Es, sin embargo, la voz de un hombre, dijo Masaccio.

—¡Oh! si aun estás ahí, dijo Vitalis, por lo que mas ames, sálvame. ¿Quieres mi palacio de Venecia, mis bienes, mis honores? Te los doy, y muera aquí si feito á mi palabra. ¡La vida! ¡Solamente la vida! ¡Sálvame la vida!

Masaccio arrojó de nuevo la rama.

—¿La habeis cogido por fin? dijo.

—Sí, respondió Vitalis.

Y esta vez sacó al hombre. Al salir de la fosa, Vitalis, estenuado, arrojó un grito de alegría, y se desmayó en los brazos de Masaccio.

Masaccio le sostuvo, le socorrió, le hizo volver en sí; despues, dándole el brazo:

—Vamos, dijo, salgamos de este bosque.

Vitalis caminaba con dificultad, estaba desfallecido por el hambre.

—Comed este pedazo de pan, dijo Masaccio, y le dió un pedazo de pan que tenía en los alforjas.

—¡Mi bienhechor! ¡Mi salvador! ¡Mi Ángel bueno! dijo Vitalis á Masaccio, ¿cómo podré jamás recompensarte?

—Me habeis prometido una dote para mi novia, y vuestro palacio de Venecia para mí.

Vitalis comenzó á tomar fuerzas.

—Sí, ciertamente, dotaré á tu prometida, mi querido Masaccio, y la dotaré espléndidamente. Quiero que seas el mas rico aldeano de tu pueblo. ¿De dónde eres?

—De Casaletta, en la montaña; pero dejaré cob mucho gusto mi aldea para ir á establecerme en Venecia, en el palacio que me habeis prometido.

—Héenos ya fuera del bosque y conozco mi camino; os doy mil gracias, Masaccio.

—¿Cuándo ire á buscar la dote y el palacio?

—Cuando queráis.

Y se separaron.

Vitalis volvió á entrar en Venecia, y Masaccio en Casaletta, donde redió su aventura á su novia, diciéndole que tendría una bonita dote, y él un magnifico palacio en Venecia. Al dia siguiente, muy de madrugada, marchó á Venecia, preguntó por el palacio del señor de Vitalis, y le dijeron dónde estaba. Cuando llegó, se asombró del lujo y la riqueza que reinaba en aquel opulento palacio. Dijo que iba á buscar la dote que le había ofrecido el señor de Vitalis, y que en seguida volvería con su novia, en un magnifico carruaje, á establecerse en el palacio que el señor Vitalis le había tambien prometido.

Masaccio fué tenido por loco. Fueron á decir al señor Vitalis que estaba allí un aldeano

que pedía una dote, y decía que el palacio le pertenecía.

—Que se le eche, dijo Vitalis, no conozco á ese insensato.

Los lacayos echaron á Masaccio, que desesperado, volvió á su choza con lágrimas en los ojos, y entró en ella sin atreverse á ir á ver á su novia. Retrocedió espantado cuando vió al león sentado en un rincón del hogar; al otro lado al mono, y en medio, enroscada y como un aro tendido en tierra, la serpiente, los tres huéspedes del bosque. No se atrevía á avanzar, porque decía: el hombre me despide, el león va á devorarme, ó la serpiente á mordirme, y el mono se burlará. Pero el mono le hizo un gesto amistoso, el león movió suavemente la cola, y fué á lamérle la mano como un perro que quiere acariciar á su amo, y la serpiente desarrolló los anillos de su cuerpo, paseándose en la habitación con un aspecto alegre y reconocido que tranquilizó á Masaccio.

—¡Pobres animales! dijo, valen mas que el señor Vitalis; el ingrato me arroja de su casa como un mendigo. ¡Oh! de buena gana te volvería á arrojar á la fosa! ¿Y mi novia? ¡Yo que creía tener tan magnifico desposorio! Ni un pedazo de leña en mi leñera, ni un poco de carne para la comida, y ni un cuarto para adquirirla, ni para comprar un alfiler de oro á la que va á ser mi muger... ¡Ingrato! ¡Su dote y su palacio!...

Lloraba y se lamentaba de este modo Masaccio. El mono empezó á chillar, el león á menear la cola, y la serpiente á enroscarse y desarrollarse; luego el mono, aproximándose á él como para jugarle, le llevó á su leñera, donde le enseñó una magnifica provision de leña bien arreglada para todo el año; el mono habia cogido aquella leña en el bosque, y la habia llevado á la choza de Masaccio. Este abrazó al buen mono. Entonces el león, rugiendo dulcemente, le llevó á un rincón del hogar, donde vió una enorme provision de caza; dos ciervos, tres cabritos, liebres y conejos en gran cantidad, y un magnifico jabali, todo cubierto con mucha limpieza con ramas de árboles, á fin de que se mantuviese fresco; habia cazado el león para su bienhechor.

—¿Y tú? dijo entonces á la serpiente, ¿no me has traído nada? ¿Eres un Vitalis, ó un basno y honrado animal como este mono y este león?

La serpiente se deslizó rápidamente sobre un monton de hojas secas; luego, reapareciendo al punto, se levantó sobre sus anillos, y Masaccio vió entonces con sorpresa que tenía en la boca un magnifico diamante.

—¡Un diamante! exclamó Masaccio, y estendió la mano para acariciar á la buena serpiente y coger el diamante.

Masaccio tenía leña, caza; podia dar un buen festin de boda; no le faltaba mas que dinero; con su diamante podia tenerlo. Partió, pues, al punto, y llegó lleno de gozo á Venecia; allí hizo le enseñasen el comercio de un diamantista. Este tomó el diamante: era de lo mas puro.

—¿Cuánto queréis?

—Doscientos escudos, dijo Masaccio creyendo pedir mucho; apenas era la décima parte del valor de la piedra.

El diamantista miró á Masaccio, y le dijo:

—Por ese precio veo que sois un ladrón, estais detenido.

—Si vale menos, dadme menos por él, señor comerciante, exclamó Masaccio; no soy un ladrón, soy un hombre honrado, y la serpiente es la que me ha dado este diamante.

Llegó la policia y fué conducido ante el juez. Allí redió su historia, que pareció una historia de hadas; pero como el señor Vitalis se hallaba mezclado en la relacion del aldeano, el juez trasladó el asunto ante los inquisidores del Estado, y Masaccio compareció delante de ellos.

—Cuéntanos tu historia, dijo uno de los inquisidores, y no mientas, porque si no te haremos arrojar en las lagunas.

Masaccio contó su historia.

—¿De modo que has salvado al señor Vitalis?

—Sí, señores.

—¿Y él te ha prometido una dote para tu novia, y su palacio de Venecia para tí?

—Sí, señores.

—¿Y te ha hecho arrojar como un mendigo?

—¡Ah! sí, señores, como un mendigo, á mí, á quien suplicó tanto cuando estaba dentro de la fosa con el mono, la serpiente y el león.

—Haced venir al señor Vitalis.

Llegó Vitalis.

—¿Conoceis á este hombre, señor Vitalis? dijo el inquisidor.

—No, no le conozco, respondió Vitalis.

—Pretende haberos salvado la vida.

—Declaro no haberle visto jamás.

Consultáronse los inquisidores. Este hombre, decian hablando de Masaccio, evidentemente es un loco ó un bribon, es preciso meterlo en un encierro; el tiempo aclarará el negocio.

—Señor Vitalis, podéis retiraros.

Luego haciendo una señal á un esbirro.

—Encerrad á ese hombre en los Plomos.

Masaccio se arrojó de rodillas en medio de la sala.

—Señores, señores, es imposible que el diamante sea un diamante robado; os aseguro que es la serpiente la que me lo ha dado; la serpiente ha podido quererme engañar, señores. Es posible que el mono, el león y la serpiente sea toda una ilusion; pero he salvado á este señor, lo afirmo.

—Señores, dijo Vitalis inclinándose delante del tribunal: no puedo hacer mas que repetir lo que he dicho: no conozco á ese hombre; ¿habe un solo testigo, un solo indicio?

En aquel momento se sintió un movimiento de espanto y sorpresa entre los esbirros, y el león, el mono y la serpiente entraron en la sala. El mono estaba montado sobre el león, y tenía á la serpiente enroscada alrededor de su brazo.

—¡Ah! estos son los animales de la fosa, exclamó Vitalis aturdido.

—Señor Vitalis, replicó el jefe de los inquisidores, cuando la torbacion que causó aquella aparicion se disipó un poco; preguntáais dónde estaban los testigos de Masaccio; ya veis que Dios los hace acudir al llamamiento á la barra de nuestro tribunal. Cuando Dios atestigua contra vos, seriamos culpables ante él si no castigásemos vuestra ingratitud. Vuestro palacio, vuestros bienes quedan confiscados; pasareis el resto de vuestra vida en una estrecha prision; idos. Y tú, continuó, dirigiéndose á Masaccio, quien durante este tiempo acariciaba á su león, su mono y su serpiente, puesto que un veneciano te ha ofrecido un palacio de mármol y una dote para tu novia; la republica de Venecia cumplirá la promesa: el palacio y los bienes de Vitalis son para tí.

Masaccio y su muger vivieron largos años en el palacio de Vitalis, con el mono, el león y la serpiente, y Masaccio los hizo representar en una pared de su palacio, entrado en la sala del tribunal.

CONVERSACION EN UN WAGON.

Los caminos de hierro son la mania del siglo en toda la Europa. Los caminos de hierro lo han sido tambien y continúan siéndolo en nuestra España. La cuestion de los caminos de hierro ha sido el pretexto, el móvil de la revolucion de 1854. Los caminos de hierro están destinados á tener una grande influencia en la politica y en la suerte de las naciones. Nosotros vamos á trasladar una conversacion que oímos un dia caminando en un cómodo wagon de primera clase forrado de paño de Grispern, adornado de pasamanería con buenos elásticos, formando hermosas butacas, cada una de las cuales venia á tener la sachura de un cupé de diligencia. Los interlocutores de esta conversacion eran: la señora Aglae, viajera que habia llegado á esa edad incierta que las mugeres llaman cierta edad. Agenor, pintor muy conocido por su barba y sus bastones. Un caballero muy grave, con una cinta en el ojal de su levita, y que se tenta por hombre de importancia. Y el señor de Levois, grande industrial de los que no se hacen ricos solo en provecho propio, sino en provecho de los demas. Y otros tres viajeros que podemos considerar como comparsas, ocupados en leer periódicos.

Nos hallábamos entre dos estaciones: la conversación se helaba muy animada.

Yo, que era uno de los tres comparsas, aparentaba leer un periódico, pero no perdía palabra, ni gesto de mis interlocutores para poder después transcribirlo al papel.

AGNOR, *hablando muy alto y muy velozmente*. Yo declaro que los caminos de hierro son el golpe más grande que ha podido darse á lo pintoresco. ¿Qué medio de estudiar la naturaleza, de coger la perspectiva de un paisaje ó de un personaje, cuando se pasa como una bala? El arte se marcha, ya lo ven vds... al vapor.

LA SEÑORA AGLAE, *hablando muy bajo y muy lentamente*. Diga vd. la poesía, caballero, que anda á volar á los silbidos de las locomotoras. Hace algunos años este hermoso país no podía atravesarse sino en carruaje, y no se encontraban sino viajeros escogidos: hoy, gracias á los trenes, tenemos cada semana una verdadera invasión de bárbaros.

LEVOIS, *con política*. Perdóneme vd., señorita, no sé que inconveniente pueda haber en hacer gozar á todo el mundo de lo que en otro tiempo era el privilegio de unos pocos.

AGLAE. ¿Inconveniente, caballero? Para mi nuestro país ha perdido todos sus encantos; en vano se busca ya esa salvaje soledad necesaria á ciertas almas. Un camino ordinario es ya inútil para la meditación y la reflexión; ¡pero un camino de hierro! ¿Es cosa de echar á huir!

EL SEÑOR GRAVE, *después de haber tosido muchas veces como tiene costumbre de hacerlo en las cortes ó en la diputación provincial cuando va á tomar la palabra*. Todavía demostraré otro inconveniente de los caminos de hierro, señores: es la rápida modificación que ha introducido en los usos, en las costumbres, y aun me atrevería á decir, en las instituciones, creando una facilidad de movimiento que trae una frecuencia siempre en aumento de relaciones. En otro tiempo veíamos á nuestros aldeanos continuar la vida de sus padres, no mudar nada en sus hábitos, ni en el modo del cultivo, ni en sus trabajos. Hoy ya comienzan á examinar y calcular: cada uno se ocupa de lo que pasa en el mundo. — ¿Creerán vds. (y cito esto como un axioma social de los mas graves), creerán ustedes que dos labradores de mi provincia han tenido la idea de ir á la Exposición de Londres y de París?

LEVOIS. ¿Y han vuelto por eso menos hombres de bien?

AGNOR. No, pero tal vez han vuelto con frac: ¿y comprende vd. una sociedad en la que no se halla mas que frac americano y levitas francesas?—Y sin duda que vd. está viendo levantarse en lugar de esas deliciosas cabañas con techos escuadrados y de paja, largos rectángulos de fábrica con grandes ventanas cubiertas de leje encarnada. Las tejas nuevas son horribles para la perspectiva. No falta mas después de eso sino enviar á la escuela á esos muchachos medio desnudos que guardan los certeros y los vemos en los campos, y empedrar los caminos en donde el sol y la sombra producen tan maravillosos efectos, cegar las lagunas cubiertas de flores acuáticas; y después, para ser consecuentes, no tendremos mas que ir á buscar las colonias, á donde esportaremos todos los infelices culpables de ser aficionados á las artes.

LA SEÑORA AGLAE *con un suspiro*. ¡Ay! hemos perdido las sencillas costumbres de nuestros padres: la civilización lo habrá invadido todo muy pronto.

LEVOIS, *sonriéndose*. Felizmente, señora, me hallo muy lejos de renegar de nuestros predecesores: nos han dejado una rica herencia; pero precisamente porque lo han hecho así lo hacemos nosotros. Ellos tambien fueron innovadores con relacion á sus abuelos, que lo habían sido con relacion á sus antepasados, y así sucesivamente, subiendo siempre hasta el origen de las sociedades. Nuestros padres, que vd. admira tambien, habían cegado las lagunas, ensanchado los caminos estrechos y hondos, vestido é instruido á los pobres niños, y para encontrar una generación inocente de sempiternas culpas, sería preciso subir á los tiempos primitivos, en que no había ni escuelas, ni caminos, ni vestidos. Yo no creo que la señorita quisiese volver á aquella sencillez, y que este caballero qui-

siera vivir en un mundo exclusivamente pintoresco.

AGNOR. Pues bien, en eso se engaña usted, caballero. Yo solo aspiro al realismo de la naturaleza, y la prueba es que me preparo á abandonar la Europa tirada á cordel. A mí me gusta lo espontáneo, lo natural, la confusión, el desorden de la naturaleza, y voy á buscarla en Oriente.

AGLAE *con entusiasmo*. ¡Ah! comprendo á usted, caballero; ¡qué alegría vivir bajo aquel hermoso cielo, en medio de palacios de mármol, de surtidores de agua, de bosques de jaspines...

AGNOR. Rodeado de magníficos modelos con barba.

AGLAE. Con turbantes de cachemira.

AGNOR. Con túnicas de terciopelo bordado...

AGLAE. Y un puñal enriquecido de diamantes.

AGNOR. Todo lo que es preciso, en fin, para dar color y tono á un cuadro.

AGLAE. Y para respirar una atmósfera de poesía.

LEVOIS, *sonriendo*. ¿Conoce esta señorita el Oriente?

AGLAE, *con sequedad*. Si, señor... como todo el mundo... por las *Mil y una noches*.

EL CABALLERO GRAVE, *tosiendo y sonriendo*. Tengo lugar de creer, según las relaciones mas auténticas, mas serias, y me atrevo hasta decir, casi oficiales, que el Oriente no corresponde precisamente á las ideas que se pueden haber formado todos al través de las ilusiones que nacen de la distancia. *(Aquí se detiene, pasea su mirada sobre sus interlocutores, visiblemente satisfecho de la frase, y vuelve á tomar un tono que acariciaba todas las palabras)*. Porque la distancia, el alejamiento, señores, forma ilusiones sobre los hombres y las cosas; es una observación de mi larga experiencia en los negocios, y que muchas veces he comprobado. Parece positivo que los pueblos orientales no saben sacar partido alguno de la riqueza de los productos de la naturaleza: que sus palacios de mármol son inhabitables, sus túnicas de terciopelo raramente renovadas, y sus cachemiras en poca relacion con la idea que esta palabra despertaría en las imaginaciones europeas, y en fin, que comen sin tener, administran la justicia á palos, y están frecuentemente diezmados por la peste.

AGNOR. ¿Qué importa eso para lo pintoresco?

AGLAE. ¿Y para la poesía?

AGNOR. Tienen la peste, es posible; pero no tienen tantos médicos: eso es una compensación. Reciben de tiempo en tiempo una paliza, pero no tienen ni jurado de admisión para los cuadros, ni policía contra los perros, ni arquitectos, ni comisiones de ornato público. Fuman, beben café, y dicen ¡Alá! sin tratar ni ocurrirseles construir caminos de hierro.

AGLAE. Lo que hace que su naturaleza conserve toda su magestad.

AGNOR. Y que los viajeros no tendrán esa agradable perspectiva de postes adornados de alambre, y de peones camineros repitiendo la misma señal durante cien leguas.

LEVOIS. Decididamente vd. sería mas aficionado á un camello que á un wagon.

AGNOR. Cree vd. chancearse, pero los camellos sientan bien en un paisaje.

AGLAE. ¿Qué cosa mas poética! Eso despierta la idea del desierto, del Simón, del Oasis; se piensa en los pozos de Laban, donde las jóvenes doncellas encontraban los enviados de Dios encargados de llevarlas al que debía decidir de su destino.

EL CABALLERO GRAVE, *tosiendo*. Estudiando y considerando la cuestion de los caminos de hierro, como esencialmente social, que debe preocupar ante todo á los hombres serios, chocan ciertos resultados inevitables, entre los que yo señalaría la desaparición progresiva de la nacionalidad, la mezcla de las clases, y por consecuencia una cierta nivelación de que vemos el prototipo manifestarse ya por todas partes.

LEVOIS. Y eso es, caballero, lo que á mí mas me complace. Acortando y disminuyendo las distancias, los caminos de hierro aproximan las naciones, borran las semejanzas demasiado fuertes de que nacen las antipatías; confun-

den los intereses, producen los afectos, y tienden así á transformar insensiblemente el género humano en una vasta sociedad. Añada vd. que adquieren el medio de la locomoción común todas las condiciones, y de que se hacen menos extraños los unos á los otros. El vapor que lleva con una misma celeridad los vagones de tres clases diferentes, establece entre el rico y el pobre una especie de inocente igualdad. Proporcionalmente á los dos las mismas ventajas dulcificará el orgullo del uno y los celos del otro. En cuanto á lo pintoresco, cuya desaparición anuncia este caballero, sobrevivirá mientras la creación tenga sus grandes espectáculos. Los caminos de hierro no harán desaparecer ni la sublimidad de los Alpes y los Pirineos, ni las maravillas del Océano; permitirán únicamente llegar mas pronto suprimiendo, por decirlo así, los espacios intermedios. Si halláis aldeanos instruidos en nuestro campo, lo debemos á esta facilidad de transporte, y si en lugar de pastores cubiertos de harapos no se encuentran mas que hermosos niños bien vestidos, no por eso se desterrará el arte. Lo que se haya perdido en lechos de paja, en rostros pálidos y en harapos, se ganará en el espectáculo de la abundancia, en los rostros alegres, en ese brillo que parece coronar la felicidad. La poeta en lugar de ser una elegía, será un himno de contento y de triunfo, y no perderá nada por eso.—Quedarán algunos descontentos de los que, como esta señorita, quieren gozar de la naturaleza y soledad; pero será preciso disgustarlos: el género humano no dejará su patrimonio inculto porque una docena de ociosos quieran allí ir á reflexionar ó meditar. La civilización no es otra cosa que el desarrollo progresivo de los recursos sociales en provecho del mayor número.

AGNOR. Por eso precisamente los que somos del número menor, como nosotros, *(echa una mirada á la señorita Aglae)*, aspiran á ser salvajes, no piensan mas que en los bosques vírgenes, desiertos arábigos, ó en las sabanas ó llanuras del Macepa.

LEVOIS. ¡Dios mío! lo comprendo. Todo lo que falta en lo real se quiere encontrar en lo ideal. Nosotros no estamos contentos de lo que existe, el persuadirnos de lo contrario nos haría felices! Se echa de menos lo pasado, y se espera el porvenir porque está lejos; el presente desagradado, porque nada escasea hasta aquí. Después es preciso conceder su parte á los afectos desarreglados de los recuerdos. Una invención es un trastorno al que no se somete uno sino con repugnancia. Si se descubriese el medio de viajar mas cómodo y mas pronto que el de ferrocarril, entonces vds. echarían de menos el vapor.

AGLAE, *con tono irónico*. Y bien, caballero, ¿queda vd. convencido?

AGNOR. Tanto, que voy á ocuparme de apresurar mi viaje á Oriente.

EL CABALLERO GRAVE, *sacando la cabeza por la ventanilla del wagon*. Ya hemos llegado á la estación.—¿Quién son esos extranjeros, cuyos extraordinarios vestidos fijan todas las miradas?

AGLAE. ¡Cielos! ¿Qué horrenda mascarada!

LEVOIS. Perdóneme vd., señorita, pero llegan del país de las *Mil y una noches*. Son gentes de la comitiva del embajador de Persia, que debo acompañar á ver mi fábrica.

AGNOR. ¿De modo que van á subir á nuestro wagon?

LEVOIS. Si vd. no tiene nada que oponer.

AGNOR. Al contrario, los pediré noticias. Vaya una cosa curiosa; no hay como los caminos de hierro para reunir así las gentes de las cuatro partes del globo.

LEVOIS. Lo que prueba á vd. de que son buenos para algo. Vamos, caballeros, se dicen muchos males de nuestro tiempo; pero la obra humana se prosigue, queramos ó no; el carro está lanzado y no hay fuerza posible para detenerlo.

(Se detiene el convoy, suben los persas, Levois presta su intérprete á Agnor, que comienza sus preguntas. La locomotora lanza un agudo silbido, y vuelve el tren á ponerse en camino con la velocidad y la rapidez del aire.)